

“Contarse con voz propia”. Una mirada interseccional sobre historias de vida de mujeres rurales del Gran La Plata (Argentina) en contextos de profundización neoliberal

‘Speaking out with One’s Voice’: An Intersectional Perspective on the Life Stories of Rural Women from Greater La Plata (Argentina) in Contexts of Deepening Neoliberalism

María Eugenia Ambort (UNLP/ CONICET)
maruambort@gmail.com
ORCID ID: 0000-0003-1206-7280

Resumen

En este trabajo analizamos las historias de vida de mujeres que viven y trabajan en las quintas hortícolas del Gran La Plata (Buenos Aires, Argentina) desde una mirada interseccional. Las mujeres rurales han estado históricamente invisibilizadas, tanto en las ciencias sociales como en sus propios entornos productivos, sumamente masculinizados, aun cuando ellas son las responsables de todas las tareas domésticas, productivas y de cuidados que hacen posible la sostenibilidad de la vida. Aunando las perspectivas de la colonialidad del poder, la interseccionalidad y el enfoque biográfico, entre 2015 y 2020 realizamos una investigación cualitativa en la que reconstruimos 25 historias de vida de mujeres “quinteras”. Las metodologías feministas, desde una posición cercana a la escucha etnográfica, nos permitieron acercarnos de manera cuidadosa a las múltiples violencias que atraviesan sus biografías. En la intersección de las dimensiones de género, raza, clase y generación identificamos mecanismos que actualizan y/o subvierten formas coloniales de dominación en sus trayectorias familiares, laborales y migratorias. Mecanismos como la transmisión familiar del orden heteropatriarcal mediante el control del cuerpo y la sexualidad de las mujeres, la lógica del sacrificio impregnada en los proyectos laborales-migratorios, o la importancia de los espacios colectivos para nombrar las violencias y desafiar así la subalternidad.

Palabras clave: interseccionalidad, mujeres rurales, sostenibilidad de la vida, historias de vida, colonialidad del poder

Abstract

This paper analyzes the life stories of women who live and work on horticultural farms in Greater La Plata (Buenos Aires, Argentina) from an intersectional perspective. Rural women have historically been rendered invisible, both in the social sciences and within their highly masculinised productive environments, despite being responsible for all the domestic, productive and care tasks that sustain life. Bringing together the perspectives of the coloniality of power, intersectionality, and the biographical approach, we conducted qualitative research between 2015 and 2020, reconstructing 25 life stories. Feminist methodologies, from a standpoint close to ethnographic listening, allowed us to carefully approach the multiple forms of violence that their biographies. At the intersection of the dimensions of gender, race, class, and generation, we identified mechanisms that reproduce and/or subvert colonial forms of domination within their family, labor and migratory trajectories. These mechanisms include the familial transmission of the heteropatriarchal order through the control of women’s body and sexuality; the logic of sacrifice embedded in labor-migratory projects, or the importance of collective spaces to name violence and thereby challenge subalternity.

Keywords: Intersectionality, Rural Women, Sustainability of Life, Life Stories, Coloniality of Power



1. Introducción

Las agricultoras, las pequeñas productoras familiares y las campesinas han sido actores sociales históricamente invisibilizados, tanto en las ciencias sociales como en los propios entornos rurales que habitan. Su condición femenina las ha destinado al devaluado aunque imprescindible ámbito del hogar, siendo las responsables del trabajo doméstico y los cuidados. Sin embargo, son mujeres que combinan esta responsabilidad adjudicada por el ordenamiento social patriarcal con una intensa labor física para producir alimentos frescos. Trabajan sin descanso para sostener la vida de sus familias y el mundo que las rodea (Linardelli y Pessolano, 2021). Reconocer y visibilizar el lugar ocupado de las mujeres rurales en el sostenimiento de la vida, comprendiendo cómo estas labores no remuneradas (ni entendidas siquiera como “trabajo”) se encuentran en la base del funcionamiento del sistema capitalista, es una de las tareas a las que se aboca la economía feminista (Pérez-Orozco, 2014).

Entre 2015 y 2020 compartí visitas, amistad, viajes, asambleas, espacios de conversación y de escucha, de militancia y de formación política con diversas mujeres “quinteras”. Las quinteras son quienes se dedican a la actividad hortícola familiar (las unidades productivas se denominan “quintas”), produciendo todo tipo de hortalizas para consumo en fresco. Muchas de ellas organizadas en la Federación Rural para la Producción y el Arraigo, fundamentalmente en el Gran La Plata (Buenos Aires), pero también en otros puntos del país. Para la mayoría, la formación política y de género marcó un antes y un después en su forma de ser y estar en el mundo. Estas experiencias colectivas e intersubjetivas habilitaron que, desde un lugar de subalternidad, pudieran comenzar a “hablar” (Spivak, 1998).

Su día a día no es solo el de trabajar sin descanso en la quinta, en la casa y cuidando a sus hijos, sino una realidad atravesada por múltiples violencias. La violencia económica de vivir en condiciones de precariedad, explotación e incertidumbre. La violencia simbólica y racista de ser mujeres de origen boliviano, campesino e indígena, en una sociedad eurocéntrica que se ve a sí misma como “blanca” (Gordillo, 2020). La violencia machista y patriarcal que vivieron desde pequeñas, y que se repite en sus hogares con sus parejas. Estas violencias, naturalizadas, se sufren en silencio, en la soledad de quien cree que

no puede (o no se ve capaz de) transformar el mundo a su alrededor. Encontrar espacios seguros donde nombrar las violencias, desahogarse, sentirse acompañada y sentir la suficiente rabia y fortaleza como para decir “basta” es el puntapié inicial de un proceso de transformación individual y colectivo.

En este artículo compartimos algunos resultados de una investigación cualitativa que acompañó este proceso de empoderamiento de muchas mujeres quinteras. Adoptamos una mirada pos/decolonial e interseccional, buscando comprender las vidas de estas mujeres ubicadas históricamente en el contexto del capitalismo neoliberal y neocolonial y atravesadas por distintas relaciones de poder. Analizamos sus historias de vida procurando captar su propia mirada sobre esas vivencias, recuperando su agencia frente a los constreñimientos del sistema. Buscamos no naturalizar el presente como una realidad estática, sino dar cuenta de las trayectorias vitales como una sedimentación de experiencias significativas a lo largo del tiempo.

Comenzamos contextualizando el sector productivo hortícola platense. A continuación, presentamos algunos estudios que han abordado las problemáticas de las mujeres en la ruralidad de manera interseccional; luego presentamos los principales lineamientos teórico-epistemológicos de nuestra investigación, las perspectivas metodológicas que la orientaron y una descripción de las trayectorias analizadas. En los resultados, presentamos el análisis de las trayectorias familiares, laborales y migratorias. En las reflexiones finales damos cuenta de la matriz de poder que engloba las formas de opresión vividas por las mujeres, así como la potencia transformadora de contar la propia historia en el contexto de profundización neoliberal contemporáneo.

2. La horticultura familiar bajo un modelo productivo extractivista

El área que analizamos constituye una de las regiones productoras de hortalizas más importantes de Argentina. Ubicado a 60 km de la capital del país, el cinturón hortícola platense abastece de verduras frescas a los más de 15 millones de habitantes del Gran Buenos Aires. Conformado como una zona de quintas destinadas al autoconsumo y abastecimiento local a finales del siglo XIX, durante el siglo XX se fue consolidando como un territorio productivo cada vez más orientado hacia el mercado, respondiendo a una

demanda creciente fruto del proceso de industrialización e incremento poblacional (García y Lemmi, 2011). Para la década de 1960, la fuerza de trabajo era predominantemente familiar, fundamentalmente de migrantes de origen italiano o portugués que alcanzaron la propiedad de la tierra y a su vez contrataban peones provenientes del norte argentino y/o de Bolivia. A partir de la década de 1970, en consonancia con el auge global de la Revolución Verde, se desarrolla un proceso de intensificación productiva, incorporándose innovaciones tecnológicas como semillas híbridas, sistemas de riego, agroquímicos para el control de plagas y malezas, fertilizantes inorgánicos y tractores de gran potencia.

Desde mediados de los años 1980 y principios de los 1990, en un contexto caracterizado por la imposición del modelo de acumulación neoliberal, estas transformaciones productivas se intensifican aún más, afectando la forma y organización de la producción e incidiendo en el mercado de trabajo local. El factor preponderante a partir de este período fue la expansión del invernáculo. Esta innovación aceleró la intensificación en el uso del suelo, lo que dio lugar a un proceso de diferenciación de la horticultura platense respecto de otras áreas productivas colindantes (García, 2015) y multiplicó a su vez la demanda de fuerza de trabajo. El actor social que emerge como protagonista a partir de 2002 son los/as trabajadores/as de origen boliviano, que avanzan en la estructura social hortícola no solo empleados/as como peones/as o medieros/as, sino también arrendando tierras y convirtiéndose en productores/as familiares.

Este proceso de movilidad social que describe recorridos fundamentalmente ascendentes, documentado como “escalera boliviana” (Benencia, 1997; Benencia y Quaranta, 2006), se desarrolla bajo la persistencia de condiciones de vida y de trabajo sumamente precarias e informales. Jornadas laborales de más de 10 horas, trabajo no remunerado de distintos miembros de la familia (incluso jóvenes y niños), remuneraciones por debajo del salario mínimo, exposición a productos agrotóxicos, infraviviendas de madera y plástico sin saneamiento ni acceso al agua potable o una prácticamente nula registración laboral (con la consecuente carencia de prestaciones sociales), todo amparado en la gran informalidad que define a la horticultura platense en su conjunto (Ambort, 2017). Las posibilidades de acumulación y ascenso social de estas familias están dadas, en-

tonces, por su capacidad de ahorro y sacrificio, destinando todos los beneficios obtenidos hacia la reinversión productiva a través de la superexplotación (muchas veces autoadministrada) de la fuerza de trabajo (Marini, 1973 en García, 2014). Es decir, se mantienen con remuneraciones muy por debajo de los límites normales de consumo mientras sostienen emprendimientos productivos que requieren altos niveles de inversión y endeudamiento para la provisión de insumos externos. En consonancia con otros enclaves productivos a nivel global, observamos que en La Plata se repite un patrón de acumulación en el que se combina la incorporación de paquetes tecnológicos con la contratación de fuerza de trabajo vulnerable o subalternizada que, respondiendo a la demanda de flexibilidad requerida por el modelo productivo, acepta condiciones laborales extremas y en situación de informalidad (Moraes et al., 2012).

A su vez, la sostenibilidad de la vida en las quintas hortícolas está dada por la carga de trabajo no remunerado ni reconocido que realizan las mujeres para sacar adelante sus hogares en contextos de pobreza y precariedad material (Lemmi y Muscio, 2023). Además de trabajar a la par de sus parejas en la quinta, son las principales responsables – junto a sus hijas – de garantizar la reproducción cotidiana en el ámbito doméstico, bajo una organización familiar patriarcal en la cual estas tareas domésticas y de cuidados les son asignadas de forma naturalizada (Ambort, 2019). Esta sobrecarga de trabajo femenino invisibilizada, mediante la cual se produce y reproduce la fuerza de trabajo que labra estos campos, es la que en última instancia subsidia el abastecimiento de alimentos frescos a la población argentina, en lo que constituye otra forma de apropiación de trabajo subvalorado en los procesos de acumulación de capital (Kunin, 2023, Cantieri y Rodríguez, 2020).

El relativo éxito de la horticultura platense en términos de productividad y competitividad convive entonces con dinámicas de “modernización excluyente” (Acosta-Reveles, 2013). Es decir, procesos de incorporación de tecnología y de especialización productiva que se sostienen mediante un modelo basado en la lógica extractivista (el modelo de agronegocio aplicado a la horticultura) y en la superexplotación de la fuerza de trabajo – y fundamentalmente de las mujeres – como principal estrategia de acumulación de un

capital que es apropiado mayormente por la renta de la tierra y las transnacionales proveedoras de insumos.

Cabe destacar que, entre 2003 y 2015, en la Argentina se desplegaron políticas que procuraron contrarrestar las tendencias del modelo neoliberal, fundamentalmente mediante la reindustrialización, la redistribución del ingreso y la inclusión de distintos actores desfavorecidos, entre ellos, el sector de la agricultura familiar. Este modelo, que podemos denominar neodesarrollista (Schorr y Wainer, 2023), combinó medidas de desendeudamiento externo, protección del mercado interno y ampliación de derechos con una matriz productiva fuertemente concentrada y extractivista. Coincidimos con Schorr y Weiner en que, tanto en términos de posición en la economía global como de modelo de desarrollo y en materia de desigualdad social, las tendencias marcan más continuidades que una ruptura radical con el modelo neoliberal imperante, que sin lugar a dudas se profundizó a partir de 2015.

3. Miradas interseccionales sobre las mujeres en la ruralidad

Aun siendo minoritaria en el marco de la sociología rural, existe una larga tradición de estudios que abordan las problemáticas de género y las experiencias de las mujeres en la ruralidad. Algunos estudios pioneros abordaron la feminización de la fuerza de trabajo agrícola en el contexto latinoamericano de reconversión productiva neoliberal (Deere, 2005; Lara Flores, 1995) o la división sexual del trabajo en el agro (Agarwal, 2002; Deere y León, 2002; Farah Quijano, 2008). Entre las particularidades del trabajo de las mujeres rurales se destaca la dificultad para delimitar esferas productivas y reproductivas, que generalmente se desarrollan en simultáneo (Pessolano, 2020); la intensificación del esfuerzo y de la jornada laboral en contextos menos mercantilizados y alejados de los centros urbanos (Linardelli, 2018); la desvalorización de las tareas realizadas por las mujeres, caracterizándolas como una “ayuda”, minimizando su aporte productivo; o la imposición de los roles de género tradicionales desde la primera infancia (Caro-Molina, 2018).

Son menos frecuentes aquellos trabajos que incorporan una mirada interseccional a la ruralidad, analizando no solo la dimensión de género sino su imbricación con otras aris-

tas de desigualdad social como la clase o la raza. Entre estos últimos podemos destacar, a nivel internacional, el análisis de los sistemas agroalimentarios de exportación (particularmente la fruticultura del nordeste brasileño) desde las dimensiones de clase, género y etnia (Barbosa Cavalcanti et al., 2002); las desigualdades y transgresiones de mujeres rurales de distintas generaciones en Chile (Caro-Molina, 2017); o la interseccionalidad en el trabajo de las temporeras migrantes en Huelva, España (Hellio y Moreno Nieto, 2021). En Argentina, se han abordado las desigualdades interseccionales de mujeres migrantes en producciones agrarias de los valles irrigados del Río Negro (Trpin y Brouchoud, 2014); los procesos de segregación laboral de trabajadores/as migrantes en la agricultura de Mendoza y Río Negro (Trpin y Moreno, 2020); o las experiencias migratorias y laborales en la horticultura salteña (Ataide, 2019). Son particularmente interesantes los estudios que recogen cómo las violencias hacia las mujeres rurales se exacerbaban en el contexto de confinamiento durante la pandemia por covid-19 (Güell, 2022; Mora y Pizano, 2022), o que recuperan la memoria autobiográfica de quienes se erigen como lideresas campesino-indígenas (Pena, 2022).

En relación a la horticultura platense, son cada vez más frecuentes los trabajos que exploran las relaciones de género y el lugar de las mujeres, incorporando una mirada amplia sobre el “trabajo”, incluyendo tanto el productivo como el reproductivo y entendiendo las formas de organización del trabajo familiar como estructuradas por relaciones de género (Ambort, 2022; Insaurrealde y Lemmi, 2020). Estos estudios analizan la desigual distribución del trabajo entre varones y mujeres, dada la asignación de los trabajos productivos en la quinta como responsabilidad primordial de los varones, frente a la responsabilización exclusiva de los trabajos domésticos y reproductivos a las mujeres, en un contexto de extrema precariedad material (Lemmi y Muscio, 2023).

Si bien es frecuente que se mencione la triple discriminación vivida por las horticultoras –por el hecho de ser mujeres, migrantes y trabajadoras rurales–, existe aún un camino analítico por recorrer para comprender cómo se configuran las relaciones de poder en este territorio productivo, que sostenemos se encuentran íntimamente relacionadas con la forma en que operan los imaginarios sexo-raciales, que se imprimen en los cuer-

pos que lo habitan. Con este objetivo, como presentamos a continuación, aquí adoptamos una mirada procesual y relacional, basada en el análisis de trayectorias, recuperando los aportes de la perspectiva biográfica, de la colonialidad del poder y la interseccionalidad.

4. Contar la Historia desde las historias de vida

La perspectiva de la colonialidad del poder (Quijano, 2000) es el marco teórico-epistemológico desde el cual buscamos comprender el capitalismo contemporáneo y las dinámicas de dominación que lo caracterizan, impregnadas tanto en la estructura social como en las subjetividades.

El “giro decolonial” plantea que la colonialidad no terminó con los procesos independentistas y la formación de los Estados nación, sino que asistimos a una colonialidad global en la cual las relaciones de dominación entre centro y periferia persisten, transformadas (Castro-Gómez y Grosfoguel, 2007). Las jerarquías basadas en el eurocentrismo como racionalidad hegemónica y en la invención de la raza como justificación biológica de la superioridad blanco-europea frente a lo “otro” (negro, indígena, mestizo, etc.) (Quijano, 2000), sostienen la acumulación capitalista a través de la explotación, dominación y subordinación del Sur global y de los cuerpos que lo encarnan (Espinosa Miñoso et al., 2014).

La forma de ver el mundo propia del pensamiento occidental, a partir de lógicas binarias, dicotómicas y jerárquicas, aplica también para entender cómo el sexismo constituye otro de los ejes ordenadores de la dominación en la modernidad-colonialidad (Lugones, 2008). Las autoras del feminismo decolonial dan cuenta de cómo la heterosexualidad normativa y la dominación patriarcal fueron constitutivos del proceso de racialización que bestializó y subhumanizó a los pueblos colonizados (Espinosa Miñoso et al., 2014).

En un texto ya clásico, Gayatri Spivak (1998) se pregunta “¿Puede hablar el sujeto subalterno?”, inaugurando así una discusión que permanece abierta respecto de la manera en que los actores sociales subalternos (o subalternizados) son silenciados, invisibilizados o bien re-presentados, caricaturizados, a través de la voz de otros autorizados para definir sus problemas y sus pesares. Entender la propia historia desde la mirada colonial

reproduce el pensamiento hegemónico, al asumir como naturales las posiciones heredadas de inferioridad o la inevitabilidad de vivir una vida atravesada por múltiples violencias. También implica suprimir o desautorizar la propia voz; dudar, sospechar o sentir vergüenza de una misma. Estos aspectos más bien subjetivos, propios de la colonialidad del ser, son la base sobre la que se erige la colonialidad del poder, dado que “lo que no se nombra, no existe”.

Como mirada teórico-política (Anthias, 2012), la interseccionalidad se propone construir herramientas para nombrar (y hacer visibles) aquellas formas de dominación que ciertos puntos de vista –opacados por ideologías como el racismo, el sexismo, el clasismo, el adultocentrismo, el heterosexualismo, entre otras formas de naturalizar las diferencias sociales– no han sacado a la luz en sus análisis sobre la desigualdad social y en sus luchas para combatirla. Desafía los modelos universalistas hegemónicos que presuponen la existencia de una sola forma de “ser mujer” (Crenshaw, 1991), e invita a comprender las especificidades que adopta el sexismo, por ejemplo, para las mujeres no-blancas en un determinado contexto de clase en términos de sistemas de dominación complejos y dinámicos, situados históricamente.

La perspectiva interseccional representa, entonces, un proyecto cognitivo cuya razón de ser es analizar las relaciones de poder y la desigualdad social, dando cuenta de que operan como una matriz de dominación, en la cual los diferentes ejes intervienen generando situaciones o posiciones que exceden la simple sumatoria de factores y que ameritan ser explicadas por sí mismas y en su complejidad (Hill Collins, 2015). Así, una orientación teórica común aportada desde estas miradas ha sido la idea de que las clases están generizadas y racializadas, de que existe una sexualización de la raza o una racialización de la sexualidad (Viveros Vigoya, 2009).

No existe una receta para abordar un fenómeno de manera interseccional, ya que exige una mirada atenta, situada y reflexiva sobre la especificidad que adquieren variables como raza, género, clase, edad u otras en un contexto determinado. En este trabajo recuperamos la idea de pensar la interseccionalidad “ubicada en la colonialidad” (Souto-García, 2022) como una herramienta poderosa para comprender cómo género, raza y

clase se co-instituyen en el contexto latinoamericano. Esto supone que el orden hegemónico capitalista neoliberal y neocolonial se sustenta en la imbricación de estructuras de poder como el heteropatriarcado, el racismo y el clasismo (Segato, 2016).

Para hacer inteligibles estas estructuras de poder optamos por analizar cómo se inscriben en las trayectorias de actores sociales concretos, cómo han permeado sus vidas y sus cuerpos y cómo se transforman a lo largo del tiempo. Los estudios biográficos, desde una perspectiva epistemológica interpretativa, permiten comprender la realidad social a partir de la mirada de los individuos, conectando diferentes niveles de análisis (micro, meso y macrosocial) al relacionar las experiencias en primera persona con las estructuras geopolíticas en las que se insertan y las constricciones normativas que las condicionan (Muñiz Terra, 2018; Pujadas Muñoz, 1992). Quizás el aporte más interesante de este enfoque sea su visión dinámica de la realidad social, el análisis de los procesos de cambio incrustados en las biografías y un abordaje que propone una mirada a los fenómenos sociales comprendidos a lo largo del tiempo, buscando comprender en contexto los distintos acontecimientos que se suceden en dichas trayectorias (Bertaux, 1990).

Un elemento común en las historias de las mujeres que protagonizan esta investigación es la violencia: una violencia estructural presente a cada paso en sus vidas, una violencia a la que se resisten y también se resignan, frente al cansancio del trabajo extenuante y la necesidad de seguir para sobrevivir, frente a la impotencia de haber nacido “mujer” y el acostumbramiento a ser tratada con desprecio. Han ocupado los estratos más bajos de la escala social, tanto en sus países de origen como en Argentina. Pasaron hambre y miseria en sus familias campesinas, no pudieron prácticamente estudiar y se emplearon en los trabajos más denigrados. Emigraron para buscar “una mejor vida”, y actualmente son protagonistas de un sector productivo esencial: la horticultura. Muchas experimentaron un proceso de movilidad social ascendente al convertirse en pequeñas productoras, y sueñan con dejarle a sus hijos un porvenir mejor. Aun así, aseveran que trabajan para sobrevivir y definen su vida como “lucha”, como “sacrificio”.

Los talleres para mujeres y las entrevistas biográficas que dieron lugar a esta investiga-

ción fueron espacios donde estas violencias pudieron comenzar a ser nombradas, cuestionadas. Esta reflexividad sobre las propias vidas en el encuentro con las otras es también una forma de agencia –y de resistencia–, una forma de comenzar a romper con las posiciones de subalternidad a través del ejercicio de la voz “propia” (Pena, 2022). Los datos producidos en estos ámbitos fueron abordados desde las metodologías feministas que describimos a continuación.

5. Metodologías feministas en el análisis interseccional

La investigación se basó en un extenso trabajo de campo y estrechos vínculos de confianza y camaradería con las mujeres quinteras entablados a lo largo de varios años de convivencia y militancia. Esta proximidad con el territorio y sus protagonistas me llevó a indagar en las reflexiones propias de la antropología y la etnografía desde la perspectiva feminista (Gregorio Gil, 2006). Este posicionamiento situado implica asumir una “reflexividad responsable” que dé cuenta de las múltiples maneras en que nuestras investigaciones afectan y son afectadas en el proceso (Gregorio Gil, 2019, p. 4). Cuando esta aproximación implica, además, enfrentarse a distintas formas de violencia que te conectan con el dolor y el sufrimiento ajenos, entra en juego una “responsabilidad moral” en el sentido de que las formas de observar, escuchar, conversar, escribir y relatar se lleven a cabo de manera cuidadosa, sensible y empática (Gregorio Gil, 2019, p. 5).

Cabe destacar que, si bien no se trata de una experiencia completa de Investigación-Acción-Participativa (IAP), este trabajo impulsó, formó parte y se nutrió de procesos participativos de discusión, formación, pensamiento crítico y empoderamiento de decenas de agricultoras. Estos procesos evidentemente trascendieron la investigación, trazando un camino de encuentro y de autoconocimiento desde el feminismo para muchas (incluida quien escribe), que ya no son las mismas que cuando el proyecto aun comenzaba a formularse. En ese sentido, perspectivas como la IAP o la Educación Popular fueron una inspiración para establecer primordialmente relaciones de confianza, espacios para el diálogo en el cual las relaciones de poder no dieran lugar a vínculos jerárquicos, orientados a construir herramientas colectivas de emancipación social (Cantieri y Rodríguez, 2020). En este camino, la producción académica devino como aprendizaje y reflexión *a posteriori* de esa interacción, de ese compartir militante, y no a la inversa.

El trabajo de campo se realizó en el seno de una organización gremial rural, el MTE Rural¹, que nuclea a grupos, asociaciones y cooperativas de la agricultura familiar, campesina e indígena en 18 provincias de Argentina. Uno de sus núcleos más consolidados se encuentra en el Gran La Plata, del que en 2019 participaban unos 3000 horticultores y horticultoras con el objetivo de mejorar su calidad de vida, comercializar su producción, promover la agroecología y lograr el acceso a la propiedad de la tierra. Acompañé las asambleas, su crecimiento y sus diferentes iniciativas y conflictos durante cinco años, desde su surgimiento en 2015 hasta 2020.

Uno de los espacios privilegiados para interactuar con las quinteras fueron las “Rondas de mujeres”, un espacio de encuentro y de formación sobre temas de género. Allí se buscaba estrechar vínculos de confianza entre mujeres que, además de ser migrantes, se encontraban generalmente aisladas en el ámbito rural y solo se relacionaban con personas de su familia. También se realizaban diferentes talleres sobre temáticas como redes de mujeres, roles y estereotipos de género; infancia, maternidad y crianza; salud sexual y reproductiva; sexualidad y deseo; migración, género y trabajo; aborto; violencias, entre otros. De estos encuentros quincenales, a los que asistí durante un año, participaron alrededor de 100 mujeres.

Para profundizar en historias de vida concretas, realicé entrevistas biográficas con distintas mujeres que accedieron a contar la historia de su vida, ya fuera en encuentros individuales o grupales (madres e hijas; hermanas). Desde una postura próxima a la “escucha etnográfica” (Segato, 2013), las entrevistas me permitieron conocer con mayor profundidad a las quinteras, con quienes ya tenía una relación previa, y así dar curso a las narrativas generadas de manera situada (Sciortino, 2012). La muestra estuvo compuesta por 25 mujeres de entre 21 y 52 años y que, de manera emergente, pude diferenciar en dos generaciones (ver Figura 1). La primera generación corresponde a quienes llegaron a La Plata como migrantes (mayoritariamente bolivianas), mientras la segunda está integrada por hijas de migrantes (tanto si migraron de pequeñas como si nacieron

¹ Como es evidente, la realidad social es más dinámica que la producción científica, y generalmente cambia antes de que terminemos de objetivarla. A partir de 2022, esta organización comenzó a denominarse “Federación Rural para la producción y el arraigo”.

en Argentina). Sus trayectorias exhiben diferencias significativas en el análisis comparado.

Figura 1. Conformación de la muestra

	Nº	Nombre	Edad	Origen	Edad migración	Posición hortícola actual
primera generación	E1	Elba	39	Tarija, Bol	28 años	Productora arrendataria sin medieros
	E2	Sonia	31	Tarija, Bol	14 años	Peona por razo (quinta grande)
	E3	Carola	30	Potosí, Bol	17 años	Mediera 50% con su tía
	E4	Nimia	34	Sucre, Bol	24 años	Productora arrendataria con 4 medieras
	E5	Natividad	37	Camargo, Bol	13 años	Mediera
	E6	Elisa	41	Tarija, Bol	20 años	Peona por razo en quinta grande / Productora arrendataria con medieros
	E7	Esther	37	Sucre, Bol	23-24	Peona por razo en quinta grande
	E8	Delicia	33	Potosí, Bol	17 años	Productora arrendataria con un peón / Peona por razo en quinta grande
	E9	Cintya	32	Tarija, Bol	22 años	Productora arrendataria sin medieros
	E10	Neida	40	Tarija, Bol	17 años	Productora arrendataria sin medieros
	E11	Miriam	47	Tarija, Bol	22 años	Productora arrendataria con 3 medieros
	E12	Gladys	28	Tarija, Bol	15 años	Mediera
	E13	Elida	42	Tarija, Bol	18 años	Productora arrendataria
	E14	Lidia	52	Potosí, Bol	11 años	Productora arrendataria sin medieros
	E15	Maribel	37	Tarija, Bol	14 años	Peona por razo en quinta grande
	E16	Josefa	29	Sucre, Bol	22 años	Productora arrendataria / Mediera
segunda generación	E17	Rilma	21	Jujuy, Arg		Productora arrendataria (subalquila al padre)
	E18	Gabriela	24	Paraguay	14 años	Productora arrendataria con 1 mediero
	E19	Jessica	31	Potosí, Bol	7 años	Productora arrendataria (quinta familiar)
	E20	Roxana	29	Potosí, Bol	5 años	Productora arrendataria (quinta familiar)
	E21	Cecilia	24	Tarija, Bol	1 año	Ayuda a la familia
	E22	Laura	42	Tarija, Bol	2 años	Peona por tanto para la madre
	E23	Ema	34	Jujuy, Arg	1 año	Productora arrendataria (quinta familiar)
	E24	Marta	28	La Plata, Arg		Productora arrendataria (quinta familiar)
	E25	Antonia	43	Rosario, Arg		no está produciendo porque se endeudó

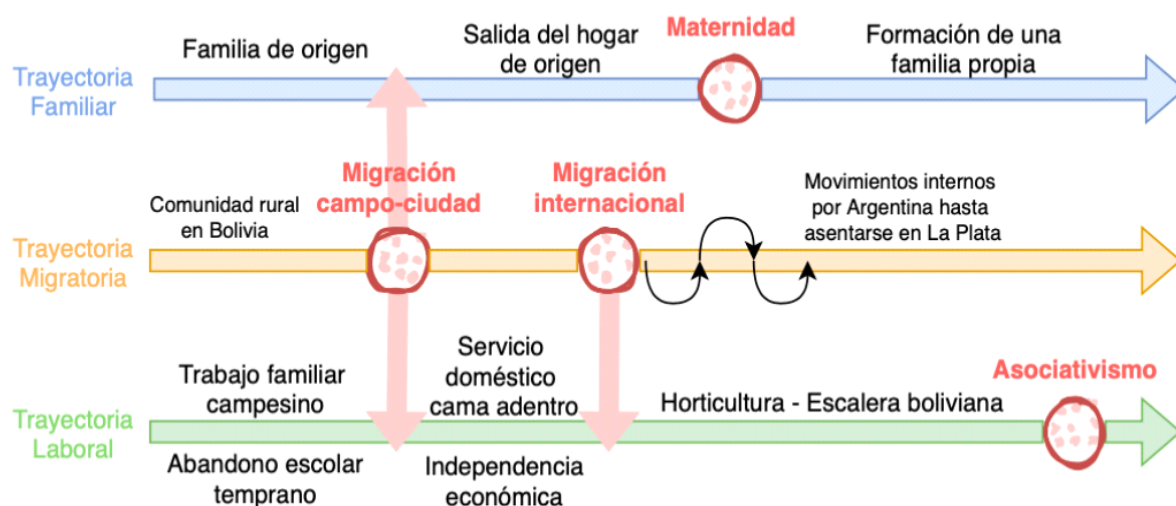
El material empírico producido a partir de la sistematización de las rondas de mujeres y la transcripción de las entrevistas fue analizado por medio de un análisis sociohermenéutico de los discursos, es decir, “un análisis pragmático del texto y de la situación social –micro y macro– que los generó” (Alonso, 1998, p. 211). Recuperando el mundo de significados y percepciones que las entrevistadas les asignan a sus acciones y experiencias, el análisis interseccional de los discursos permitió comprender cómo género, raza, clase, sexualidad u otras expresiones de la desigualdad se imbrican en sus trayectorias.

6. Análisis interseccional de las trayectorias familiares, laborales y migratorias

Partiendo de los relatos en primera persona y de las múltiples experiencias narradas en las rondas de mujeres, reconstruí las trayectorias familiares, laborales y migratorias de las mujeres quinteras, identificando los distintos puntos de inflexión (o *turning points*) que las caracterizan.

Las 16 mujeres que pertenecen a la primera generación (ver Figuras 1 y 2) nacieron en ámbitos rurales de Tarija, Potosí o Sucre (Bolivia), en condiciones de extrema pobreza. Las familias eran numerosas (entre 6 y 12 hijos) y se dedicaban a tareas agrícolas-ganaderas de subsistencia. Les niños colaboraban en el trabajo familiar desde muy temprana edad, con una clara diferenciación entre mayores y menores, quienes en general tenían menos carga de trabajo en el hogar y más posibilidades de estudiar. Mientras que sus padres y madres tuvieron poco o nulo acceso a la educación formal (sobre todo las madres), en esta generación la mayoría asistió a la escuela primaria, como ha sido documentado también por Moretto (2021). Dependiendo de si eran hijas mayores o menores, pudieron terminar o debieron abandonarla en los primeros años.

Figura 2. Trayectorias de la primera generación



El primer punto de inflexión en sus trayectorias está dado por el inicio de la trayectoria laboral remunerada, que para la mayoría también implica el abandono educativo y la salida del hogar de origen (entre los 7 y los 15 años aproximadamente). En general, estos

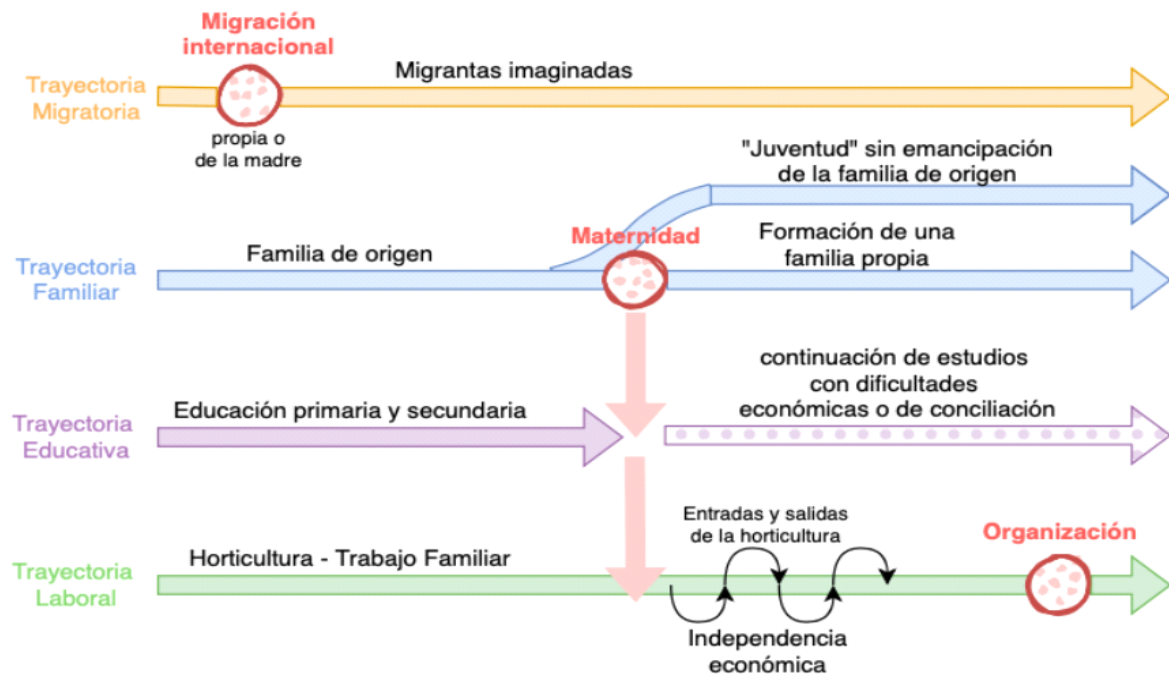
primeros trabajos fueron en el servicio doméstico cama adentro, implicando un movimiento migratorio del campo a la ciudad. El trabajo cama adentro perdura, para la mayoría, hasta que se ponen en pareja y, o bien comienzan a trabajar por horas, o migran hacia Argentina. La migración internacional constituye entonces un segundo punto de inflexión, a partir del cual se insertan en la actividad hortícola.

Una vez en Argentina, las trayectorias laborales se desarrollan fundamentalmente en la horticultura, generalmente pasando por distintas localidades hasta llegar a La Plata. Solo una minoría se estableció allí como primer destino. En sus experiencias hortícolas todas transitaban distintos peldaños de la “escalera boliviana” (peona-mediera-productora), delineando recorridos heterogéneos de movilidad social (Ambort, 2024; Benencia y Quaranta, 2006).

En cuanto a sus trayectorias familiares, todas las entrevistadas de la primera generación formaron pareja con hombres de origen boliviano. Mientras que algunos poseían experiencia previa en la horticultura argentina, y fueron quienes propusieron realizar el viaje, otros iniciaron su trayectoria migratoria y hortícola junto a ellas. Más allá de la situación conyugal –que para algunas mujeres ha sido estable, mientras que otras vivieron abandonos, separaciones o viudez–, otro punto de inflexión irrumpe con la maternidad. Este evento, ya sea asociado o no a tener pareja, a una edad más temprana o más tardía (pero en ningún caso después de los 22 años) marca para la mayoría el fin de una anhelada “libertad” (la posibilidad de pensar proyectos para sí mismas), así como la entrada a la adultez, signada por el inicio de una vida al servicio de otros. Por último, y de manera reciente, a partir de las experiencias de asociativismo estas mujeres comienzan a enunciarse a sí mismas en términos de sujetos de derechos: a valorizarse como mujeres y trabajadoras rurales, a problematizar su propia realidad y a realizar acciones para transformarla, lo cual constituye un cuarto punto de inflexión.

En la segunda generación, por su parte, las trayectorias son bastante más heterogéneas, y están sintetizadas en la Figura 3.

Figura 3. Trayectorias de la segunda generación



Al analizarlas en términos comparativos con la primera generación, nos encontramos con que la migración internacional se da en los primeros años de vida, o bien es inexistente. Pero, en contrapartida, cobran relevancia las trayectorias educativas, que son mucho más extensas que las de sus madres (Lemmi et al., 2018). La mayoría completó el secundario y algunas incursionan en estudios terciarios o universitarios.

A diferencia del grupo anterior, para estas mujeres la quinta hortícola es donde se crían, combinando juegos con trabajo desde la primera infancia. Aportan con trabajo físico a la economía familiar, procurando no descuidar los estudios, aunque con bastantes dificultades para conciliar ambas actividades. A medida que crecen, van realizando sus primeras incursiones de trabajo autónomo fuera de la quinta. En ese sentido, no encontramos puntos de inflexión en sus trayectorias laborales, sino más bien transiciones en las que combinan trabajos precarios (venta en feria, atención al público, niñera), con entradas y salidas de la horticultura. La quinta familiar representa para ellas un “lugar seguro” al que regresar en términos laborales.

El principal punto de inflexión en sus trayectorias está dado, entonces, por la experiencia de la maternidad, la cual coadyuva a su vez la interrupción de las trayectorias educativas, la orientación de las trayectorias laborales hacia una economía independiente del hogar de origen y la conformación de una familia propia. Se trata en todos los casos de maternidades no buscadas, que ponen fin a expectativas de proyectos personales que quedan trancos. Por otra parte, en la segunda generación aparecen algunas mujeres que deciden no ser madres, rompiendo con un mandato que en el resto de las entrevistadas aparece como inapelable. Son las únicas entrevistadas que identifican un período de “juventud”, en el cual pueden dedicarse a estudiar o trabajar para ellas mismas, pero contando con el apoyo familiar, con quienes aun conviven. A diferencia del resto, para ellas estar en pareja no representa necesariamente tener que formar una familia o convertirse en madres.

Finalmente, las experiencias de organización constituyen también un punto de inflexión en la medida en que no solo les brindan un ámbito de participación como sujetos plenos –en cuanto agricultoras, mujeres y jóvenes–, sino también porque representan una posibilidad de luchar por mejores condiciones de vida y de trabajo en el campo, para elegir permanecer en la actividad y sentirse orgullosas por ello.

6.1. La transmisión familiar en el contexto campesino: entrenando cuerpos dóciles

Iniciamos el análisis biográfico recuperando las experiencias vitales de la infancia de las entrevistadas de la primera generación, cuando se inculcan y reproducen los roles de género asociados a “lo femenino”. Buscamos conocer la forma en que subjetiva e intersubjetivamente construyeron las nociones de sexo, género y sexualidad (y las nociones derivadas respecto de mandatos de femineidad y masculinidad), para comprender cómo esto ilumina sus experiencias vitales actuales en tanto mujeres (eventualmente, madres y esposas) adultas. Para hacerlo, recuperamos la idea de transmisión familiar (Bertaux y Thompson, 2017), considerando que, en los procesos de cambio social y de desarrollo personal, son las familias las que proporcionan el sustento social y emocional necesario para el despliegue individual.

La población rural boliviana es predominantemente de ascendencia indígena, aunque la relación con esta identidad colonial inferiorizada es ambigua y compleja, y ha sido conceptualizada a través de la idea de “mestizaje colonial andino” (Rivera Cusicanqui, 2010). El mestizaje como discurso integrador ha contribuido a encubrir los conflictos raciales, y mientras que el término “indio” fue borrado del lenguaje público, “campesino” configura una expresión eufemística cargada de resonancias racistas encubiertas. La negación de la propia identidad como forma de blanqueamiento y de desmarcación étnica se convierte, para Rivera Cusicanqui, en la nueva marca de etnicidad y subalternidad. En sintonía, a pesar de provenir de universos culturales quechuas o aymaras, la mayoría de las entrevistadas no se identifica a sí misma como indígena, y algunas al reflexionar sobre su propia historia concluyen que les hubiera gustado ser “otra persona”.

La forma en que el patriarcado se “entroncó” en las sociedades poscoloniales dio lugar a procesos de racialización sexualizada, en los cuales la condición no-blanca (y en este caso, indígena) es considerada inferior, bestializada y subhumanizada; pero a su vez se introducen jerarquías sexuales que privilegian lo masculino sobre lo femenino como forma de ordenamiento de lo social (Paredes y Guzmán, 2014). Esta colonialidad del género (Lugones, 2008), impuesta de forma violenta y humillante, sitúa la esfera pública por sobre la doméstica, que es feminizada, privatizada y subalternizada. La condición de mujer (o hembra) indígena remite entonces a una existencia que debe ser tutelada, que no tiene voz ni agencia propia, a la que es posible acceder sexualmente con impunidad, y que se circunscribe a la esfera doméstica, tanto en su rol de madre y esposa como en el de sirvienta-empleada de hogar.

Las infancias de las mujeres que entrevistamos no se parecen en nada a la visión romántica y occidental de infancia. Ellas mismas me corrigen al formular la pregunta: no llamarían a ese período de su vida “infancia”, puesto que desde que tienen memoria tuvieron que trabajar para no pasar hambre. No les quedaba otra opción, no pudieron permitirse siquiera terminar la escuela. Y no constituyen una excepción ni una falla del sistema, sino la norma que rige para la mayor parte de la población latinoamericana que tuvo el infortunio de nacer del otro lado de la línea marcada por la división racial del tra-

bajo en el capitalismo moderno-colonial (Quijano, 2000), evidenciando el carácter profundamente arraigado de la violencia como método, en el cual la vida constituye una carrera de supervivencia.

Bajo una división sexual del trabajo en la cual todas las tareas relacionadas con la reproducción social son naturalizadas como femeninas, las niñas son entrenadas desde pequeñas en los hogares campesinos para ocupar su lugar en el mundo como madres, esposas y sirvientas, además de trabajar a la par en las tareas agrícolas. Esto garantiza su disciplinamiento como “cuerpos dóciles”, disponibles para aceptar y aguantar la inferiorización y la violencia que les deparará su condición sexual y racial como mujeres campesinas-indígenas.

De la casa sí, todo tenía que hacer yo o mi mamá, pero en el campo teníamos que trabajar hombres y mujeres [...]. Hacíamos todos iguales. En la casa sí, mi papá jamás ayudaba, no, nunca lo vi lavar un plato o barrer la casa o lavar la ropa, no. Jamás. Siempre era cosa de las mujeres nada más (E16).

La forma de mantener a las mujeres “en su sitio” se da a través de prácticas y discursos orientados a controlar su cuerpo y su sexualidad. Tanto a través de la figura autoritaria y protectora de los hombres de la familia como inculcándoles a las niñas un miedo a los hombres como forma de prevenir embarazos, se limitaba su sociabilidad alimentando ideológicamente relaciones sexo-afectivas basadas en la cultura de la violación. En los testimonios eran frecuentes las prohibiciones de continuar la escolaridad bajo la justificación de que volverían embarazadas (a los 9 o 10 años) o de evitar la circulación por el espacio público para cuidarlas de posibles agresiones sexuales. También eran frecuentes la violencia física hacia las mujeres y la falta de control sobre su propia sexualidad cuando estaban en pareja.

Lo que veía en la familia... lo que veía siempre, los maltratos, que les pegaban los maridos, ellas no podían hacer nada, no podían decir nada. Ellas tenían que tener los hijos que los maridos decidían. Todo eso (E16).

Asimismo, la falta de información sobre el cuerpo y la anticoncepción hace de la sexualidad una instancia eminentemente reproductiva, vivida además como una obligación conyugal. En consecuencia, la maternidad es vista como un destino ineludible, y significa su ingreso a la edad adulta, al asumir un nuevo rol como madre y esposa.

La transmisión de ser mujer en esa época yo pienso que era de: la mujer es para cocinar, lavar y estar en su casa con sus hijos, atender sus hijos y nada más [risas]. Tenés marido y tenés hijos, no hay segundas opciones. Ahora sí elegimos tener o no tener (E15).

Todos estos elementos transmiten y refuerzan un orden heteropatriarcal que se sostiene, en última instancia, por el control del cuerpo de las mujeres a través de su fijación en tareas reproductivas en el hogar y del ejercicio de distintas formas de violencia. La transmisión familiar nos remite al nivel mesosocial, como un mecanismo que articula y reproduce intergeneracionalmente las desigualdades de género y de raza, actualizando la posición subalternizada de las mujeres indígenas heredera del orden colonial.

6.2. Trayectorias migratorias y laborales: vivir para trabajar y trabajar para (sobre)vivir

La salida del hogar de origen de las mujeres de la primera generación está dada por la búsqueda de nuevos y mejores horizontes vitales, fundamentalmente a través de la migración (interna e internacional). El análisis de las trayectorias y proyectos migratorios nos brinda algunos elementos para continuar complejizando sus formas de ser y estar en el mundo. Dando continuidad a su entrenamiento como cuerpos dóciles, el servicio doméstico cama adentro ha sido, para la mayoría, su primer destino laboral autónomo.

Mi primer trabajo fue de niñera. Fue algo feo. Feo, feo. Estaba por cumplir trece. En ese tiempo te ponían cama adentro, y a cuidar a una criatura. Y supuestamente mi abuela decía que yo estaba preparada porque había criada a mis hermanos, que estaba capacitada para cuidar a un chico (E25).

Convertidos en mercancía, sus cuerpos-trabajo entran al mercado laboral dispuestos a aceptar el lugar de inferioridad y explotación designado por su condición de mujeres solteras, pobres y de origen campesino-indígena, como trabajadoras sin derechos. La noción de “cuerpos-trabajo” busca enfatizar la reducción de la humanidad de ciertos individuos a su función como mercancía-fuerza de trabajo (Sayad, 2010) en cuanto personas que, por el lugar que ocupan en la historia, en la estructura social y en los territorios, han sido racializadas como no-blancas y ostentan ciudadanías de segunda categoría, cuyo único valor social reconocido es el de exprimir sus cuerpos extenuados en procesos laborales manuales que apenas les permiten sobrevivir, sin salir de la pobreza.

En el marco de la globalización neoliberal, los desplazamientos humanos replican los patrones poscoloniales de desigualdad a través de la circulación de trabajadores/as pobres, quienes llegan a las sociedades de destino para ocupar los puestos reservados para migrantes, aquellos que la población local no está dispuesta a realizar, no solo por tratarse de los empleos peor remunerados, sino por ser los más desvalorizados socialmente, cuanto más cercanos sean a la reproducción social (Avallone, 2018).

Trabajé un tiempo y no me gustó, porque te tratan mal. [...] A ella no le importaba nada, a la patrona. Tenías que limpiar todo, viste. Y te pagaban un sueldo de 100 bolivianos. Mensual. Y eso no te alcanza ni para una semana. Y tenías que lavar, cocinar, trapear. Dos plantas tenía su casa. Tenía un bebé chiquito, tenía que lavarlo, cambiarlo... Tenía animales, chanchos, tenía que darles de comer... Y por 100\$, ¡¡no!!” (E16).

Esta etapa suele terminarse cuando se vuelve incompatible con la expectativa de formar una familia propia, ya sea porque se ponen en pareja o quedan embarazadas. La migración internacional constituye el siguiente paso en las trayectorias, a través de la búsqueda de oportunidades y de una “vida mejor” en la Argentina. Al atravesar la frontera su configuración como cuerpos-trabajo no se modifica sustancialmente, opacando así los imaginarios de progreso asociados a la europeidad y blanquitud argentinas. Las campesinas bolivianas llegan para ocupar los nichos más precarizados, trabajando para sobrevivir como empleadas domésticas o, mayormente, como peonas agrícolas.

Trabajábamos de medianero. Los primeros días que hemos llegado no teníamos plata ni para comer. Yo me vine con ‘vamos a vivir allá, vamos a ganar, nos compramos un lote, lo que sea’. Pero no es así. [...] Trabajabas pero no te quedaba nada” (E1).

Este movimiento migratorio, que para todas se planteaba inicialmente como temporario, con el paso del tiempo va delineando trayectorias cada vez más alejadas de la idea del retorno. Así, la conjugación de ausencias y presencias (Sayad, 2010) en origen y en destino se va transformando, y una multiplicidad de factores condicionan su presencia migrante en Argentina a lo largo del tiempo.

La trayectoria más frecuente es la de mujeres jóvenes que migran con una pareja reciente, que en general ya tiene experiencia en Argentina. Se suman al proyecto migratorio de él, quien provee las redes de contactos y les enseña las labores hortícolas. Así, es común que los primeros años de la migración coincidan con el inicio de la convivencia,

los primeros embarazos y la maternidad, junto con el aprendizaje de un nuevo oficio, el desarraigo y la distancia de su familia de origen. Todas estas condiciones implican para las mujeres una fuerte dependencia y exposición a situaciones de vulnerabilidad, que se convierten en caldo de cultivo para el desarrollo de diferentes formas de violencia. En general en estas parejas recientemente conformadas se reproducen los roles patriarcales tradicionales, muchas veces acompañados de formas naturalizadas de maltrato y de desprecio, y las mujeres tienen poco margen de decisión tanto sobre la distribución de roles y tareas como sobre la propia sexualidad o el manejo de los recursos y el dinero. Veamos un ejemplo que condensa esta situación (E8).

Delicia llegó a Mar del Plata con Carlos, su pareja, a los 17 años, embarazada de su primera hija. Él trabajaba como albañil y ella como empleada doméstica. Siguiendo el llamado de sus hermanos, Carlos decidió unilateralmente que se trasladarían a La Plata para trabajar como peones hortícolas, empeñando todo el salario de Delicia para pagar las deudas contraídas para migrar. Allí se emplearon en una quinta especializada en producción de tomate, donde si bien sufrían explotación y malos tratos, tenían garantizado el salario. Para instalarse se endeudaron con la familia de él, y esto generó rispideces entre Delicia y su cuñada, así como también con Carlos. Delicia cuenta que en esta primera etapa la relación era complicada, discutían mucho. Él no quería que saliera de la quinta, ni siquiera para ir al centro de salud, ni la dejaba informarse sobre métodos anticonceptivos. Cuando finalmente pudo asistir, supo que estaba nuevamente embarazada. Le confió a su cuñada, la única mujer de su entorno, su deseo de abortar. Ella primero accedió a ayudarla, pero por no traicionar a su hermano finalmente decidió no hacerlo, y Delicia debió continuar con el embarazo no deseado.

Los años de crianza de las pequeñas fueron muy duros para ella; en ocasiones las dejaba solas y encerradas para poder trabajar en la quinta. Vivían cuatro en una pieza, en condiciones de extrema necesidad. Años después, Carlos decidió empeñar nuevamente los ahorros familiares para arrendar una quinta propia. Delicia no estaba de acuerdo, pero él no le dio opción, diciéndole que lo haría con o sin ella. Por no romper la familia y quedarse sin nada, terminó acompañándolo. Al año siguiente un temporal destruyó toda su

plantación de tomates. Esta catástrofe les llevó a unirse al MTE Rural, para intentar gestionar ayudas estatales. A costa de volver a emplearse como peones y de mucho sacrificio, con jornadas laborales de más de 15 horas, lograron mantener la quinta alquilada. Las ayudas obtenidas a través de la organización, de la cual Delicia es delegada y referente, también fueron un sostén en ese sentido.

Delicia describe todo lo que vivió en los últimos 10 años como “un calvario”. Además de la doble jornada laboral y la precariedad en la que vivían, en su tiempo libre Carlos se alcoholizaba y se exacerbaban sus actitudes violentas. Delicia reflexiona que, en el último tiempo, tanto por su determinación para separarse si esto continuaba –influenciada en parte por las redes establecidas en el ámbito de la organización– como el crecimiento de las hijas, que también comenzaron a cuestionar la posición dominante de su papá, Carlos cambió de actitud, lo que permitió sostener una convivencia menos angustiosa.

A partir de este ejemplo –exacerbado porque condensa muchas situaciones de opresión en la misma trayectoria, pero que no se aleja demasiado de las experiencias cotidianas mayoritarias–, podemos analizar distintos elementos que configuran las particulares formas de dominación a las que se enfrentan las mujeres quinteras.

En relación a la migración, observamos que circunstancias como con quién realizan el viaje (solas o acompañadas), qué posición ocupan en el parentesco (hija/esposa), y en qué momento del ciclo de vida familiar lo hacen (con una pareja reciente o consolidada, embarazada o con hijes ya criados) modifican sustancialmente la situación de las mujeres al llegar. Su nivel de vulnerabilidad, autonomía o dependencia, así como su poder para negociar acuerdos al interior del hogar y de desarrollarse más allá de los roles de agricultora-madre-esposa, dependen de la forma en que se articulan estas circunstancias. Asimismo, contar con redes propias aparece como un factor diferencial para las mujeres en términos de capital social, pero también de contención y reconocimiento; por el contrario, contar solo con las redes del marido propicia situaciones de mayor vulnerabilidad y dependencia (Herrera Lima et al., 2007).

La migración fue representada por muchas entrevistadas como “un sacrificio”, un período transitorio en el que se resignaban a “aguantar” hasta conseguir los recursos para poder regresar a Bolivia a “vivir la vida”. Los proyectos migratorios, entendidos como la dimensión subjetiva de la migración, permiten recuperar el sentido atribuido a este proceso, los recursos con los que disponen, sus motivaciones, aspiraciones y representaciones sobre las posiciones ocupadas tanto en origen como en destino (Jiménez Zunino, 2018).

Y yo cuando vine de allá nunca pensé estar así... yo vine a trabajar una temporada nomás, un año, dos años, después vuelta irme a Bolivia... [...] para mí, que no tengo mi estudio, no me queda de otra [...] aquí uno está por el trabajo. Después para vivir, vivir para siempre, sería en Bolivia (E4).

Este tipo de reflexiones nos lleva a pensar a la migración como una forma de poner “la vida en suspenso” (Mbembe, 2016). Si bien diferentes circunstancias van delineando trayectorias cada vez más enraizadas en Argentina, su inserción como cuerpos-trabajo devela la suspensión de su condición de humanidad. En los relatos, frases como “trabajar para sobrevivir”, “aguantarlo todo, por el trabajo”, “ser tratada como un esclavo” o “como un perro sarnoso” y “al menos tener para comer” dan cuenta de la contradicción entre una actividad altamente productiva y la subalternidad en que se produce la superexplotación, en condiciones laborales signadas por el sacrificio y la supervivencia.

El sacrificio no es solo material, sino también simbólico: sacrificar la propia existencia, a través de mecanismos de resignación e interiorización de la alteridad, aceptando el lugar de subalternidad asignado por discursos y prácticas racializantes. En sus relatos, las mujeres expresan sentir miedo o vergüenza por ser extranjeras, sentir que su presencia es ilegítima y que su trabajo se desprecia, más allá de que –en términos de legalidad– gozan de pleno derecho para vivir y trabajar en Argentina.

El patrón no pagaba impuestos, trabajaba todo en negro. Cuando llegaba la inspección nos hacía esconder adentro [...]. Nosotros tontos nos escondíamos [...]. Nos hacían creer que nos iban a deportar, que estábamos ilegal. No estábamos ilegal, si teníamos nuestro DNI y todo ya. Uno no sabe, a veces nos dicen ‘son ignorantes, son tontos’, pero capaz no sabían porque nunca hemos salido del campo, no hemos estudiado... qué sé yo. Pero después ya nos hemos ido dando cuenta. Y después cuando hemos entrado a la organización más todavía (E16).

La resignación encarnada en la idea de que es necesario “aguantar”, también es justificada de manera reflexiva por el destino de haber nacido campesinas. No haber tenido oportunidades educativas es, para la mayoría, la principal explicación de por qué trabajan en la agricultura: “¡¡Si hubiera estudiado capaz no estuviera por acá!! [risas] No estudiando no queda otra que trabajar en la quinta...” (E4).

No obstante, tendemos a pensar la migración en sí misma como un acto de resistencia e inconformismo (Avallone y Molinero-Gerbeau, 2021), de voluntad de transformar la situación actual buscando nuevos horizontes que permitan torcer ese “destino”. Tanto la movilidad internacional como las frecuentes mudanzas entre localidades o entre quintas hortícolas constituyen también estrategias que buscan mitigar tanto las condiciones de precariedad, explotación y maltrato como el agotamiento o infertilidad de las tierras. Aun cuando esta movilidad continua constituya una suerte de “nomadismo” que, al final, alimenta el desarraigo y es funcional al modelo productivo extractivista.

Las trayectorias laborales hortícolas, por otro lado, se caracterizan por una clara intención de movilidad social: llegar a convertirse en productoras, arrendando o comprando tierras, realizando inversiones de capital en maquinarias y tecnología para aumentar la productividad, la competitividad y las ganancias. Se trata de una lógica productivista basada en la autoexplotación (y eventualmente la explotación de otras personas), donde se prioriza la reinversión productiva de las ganancias por sobre el consumo, el descanso, o inversiones no productivas orientadas a aumentar el bienestar familiar (por ejemplo, mejoras en las viviendas).

Así, las jornadas laborales se extienden por más de 12 horas, en condiciones precarias y sufriendo situaciones de control, engaños, maltrato y abuso laboral cuando se emplean como peonas o medieras. En esta instancia trabajan lo máximo posible para ahorrar e independizarse para trabajar por su cuenta:

El patrón nos hacía trabajar, y no nos pagaba. [...] Queríamos independizarnos, ya no trabajar así con patrón. [...] Nos controlaba mucho [...]. Por ahí te tenías que levantar a las dos, tres de la mañana. [...] Alquilar no es como estar uno con patrón. Vos si querés salís, si vos querés trabajar, trabajás, querés dormir una hora más, podés dormir. Total, es nuestra responsabilidad, ¿no? [...] Vendes la verdura y ya sabes a cuánto lo vendes. En cambio, el patrón no, porque él vende, después te pasa la boleta, ¿y vos qué sabes? (E13).

Pasar a ser productoras-arrendatarias implica un cambio sustantivo en términos de manejo de los propios horarios y del proceso productivo y comercial, pero no necesariamente implica una transformación en la intensidad de la explotación laboral requerida. Josefa describía de esta manera jornadas de, por lo menos, 12h de trabajo físico en la quinta intercalado con tareas de cuidados:

Ahora estoy re con trabajo. Me levanto a las 3 de la mañana, hago el desayuno (...) y nos venimos para aquí a las 3 y 20, por ahí. Nos agarramos linternitas, con eso trabajamos [...]. A las 11 y media me voy, hago el almuerzo, peino a mis nenas, les baño, cambio, todo, les doy de almorzar, les voy a dejar a la escuela, vuelvo, tengo que barrer recién el cuartito, lavar el servicio, después termino eso y tengo que empezar con la ropa, lavar hasta las 3 de la tarde, a las 3 vuelta a la quinta, vuelvo cansada a casa, tengo que hacer la cena... Todo, eh. Y ya se hacen las 9, 10 de la noche hasta que hago eso. Y así, todos los días lo mismo” (E16).

Esta lógica productivista se sostiene mediante la feminización devaluada de las tareas domésticas y de cuidados, que garantizan la reproducción cotidiana e intergeneracional de dicha fuerza de trabajo (Federici, 2013). Las mujeres incurren así en una doble jornada laboral, no remunerada, generalmente invisibilizada y desvalorizada. Esta feminización devaluada de las tareas de reproducción social implica una transferencia de recursos hacia la esfera productiva, montada sobre los trabajos realizados por las mujeres como una obligación moral (Federici, 2013). En esta dinámica (que se presenta como un imperativo del modelo de producción y se sustenta gracias al orden familiar heteropatriarcal), se pone de manifiesto el conflicto capital-vida (Pérez-Orozco, 2014), haciendo de la sostenibilidad de la vida de las familias hortícolas un costo de producción, plausible de ser ajustado hasta la supervivencia. El orden heteropatriarcal, que como vimos forma parte de los valores y costumbres transmitidos por las familias campesinas de origen, funciona también en la horticultura garantizando la doble jornada laboral de las mujeres, al ocuparse sin descanso como quinteras y madres-esposas cuidadoras.

Una de las formas de sujeción en esta posición subalternizada es a través de la imposición de la figura del marido-patrón. Se trata, como vimos en el ejemplo de Delicia, de un hombre que en la quinta y en el hogar actúa como “jefe”, monopolizando los recursos económicos y productivos, controlando los tiempos de trabajo y de descanso, desentendiéndose de las responsabilidades de cuidados, e incurriendo en distintas formas de

violencia para imponer su autoridad. Muchas quinteras sostienen años de trabajo familiar hasta convertirse en productoras-arrendatarias, en condiciones de dependencia económica, humillación, sobreexplotación en el hogar, y también miedo, culpa y vergüenza al considerar salir de esa situación. Tener hijes a cargo, el estigma de “romper la familia” y no tener recursos ni contactos para mudarse condicionan sobremanera la posición de retirada (Deere, 2012) de las mujeres que se ven atrapadas en relaciones opresivas.

En las trayectorias de aquellas que deciden separarse esto se hace aún más patente, pues la consecuencia material más inmediata es el descenso radical hacia el estrato más bajo de la estructura social hortícola, como peonas (Ambort, 2024). En ese movimiento no solo pierden el patrimonio construido conjuntamente con años de sacrificio, sino que deben hacerse cargo solas de la manutención de les hijes. Sin embargo, quienes se encuentran en esta situación describen su momento actual como “libertad”, señalando que es la primera vez que pueden disponer libremente de su dinero y de su tiempo:

Mi vida cambió para bien en todo, en el sentido que puedo salir libremente de mi casa sin que nadie me diga... ‘Dónde vas, a qué hora venís’ [...]. También de yo decidir cuánto voy a gastar, cuánto voy a guardar, qué voy a hacer, qué me voy a comprar... Lo uso, no lo uso (E15).

Muchas de las reflexiones que dieron lugar a estas reconfiguraciones conyugales, así como el empoderamiento para nombrar las violencias, tomar la decisión de separarse o de exigir otro tipo de trato y establecer nuevos acuerdos al interior de las parejas, estuvieron motivados por la participación en espacios colectivos feministas. Tanto las Rondas como los Encuentros Nacionales de Mujeres son espacios de formación, reflexión y complicidad que habilitan la circulación de la palabra, el desahogo y también en ocasiones la creación de una red a la cual acudir para pedir ayuda. Desnaturalizar la propia cotidianidad y entenderla como una situación de maltrato o de violencia representa el primer paso para dejar de tolerarla y buscar una transformación:

A ronda de mujeres, fui. Ella dijo ‘Ni la vecina, ni tu cuñada, ni tu cuñado, ni tu marido, no pueden maltratarte’ [...]. Entonces dije ‘¿Qué hago yo? Seis años sufriendo. Discutiendo. Y ni como siquiera.’ A veces días ni comía siquiera. Discutía... [...] Pensándole bien, recién me doy cuenta yo, me digo ‘Por ahí él no me quería, o por ahí no

le quería a su hijo. No me quería directamente como mujer a mí'. Entonces yo por ese lado digo 'Ah, me separo ahora igual'. Y si no nos quiere a nosotros, no valora como nosotros trabajamos... (E7).

Esther pasó 12 años trabajando en la quinta y realizando tareas domésticas para toda su familia política, sin remuneración. Prácticamente no se hablaba con su pareja, con quien tiene dos hijos, y se encontraba sumamente vulnerable. Cuando la conocí, no levantaba la mirada y se tapaba la boca para decir su nombre en una asamblea. Poder hablar sobre lo que le estaba pasando y dejar de sentirse sola le permitió tomar la fuerza necesaria para imaginar (y buscar) otra vida posible.

En el mismo sentido, encontramos que son los procesos colectivos de militancia y politización los que permiten transformar el miedo y/o la resignación, al reconocerse como sujetos de derecho. Es este proceso reflexivo el que rompe, al menos en términos simbólicos e intersubjetivos, con la inferiorización atribuida y a veces autopercebida, debido a la condición migrante y la otredad racializante:

En muchas cosas cambié en mi forma de pensar después de la organización. Más antes... como siempre, metida en la quinta, llegar de la quinta, comer, descansar, otra vez a la quinta [...]. No sabes de los derechos, no sabes nada, nada de nada. Pero después la organización sí, sabemos mucho... Nos ayudó a pensar, por uno mismo... (E14).

Identificamos estos procesos organizativos como mecanismos de resistencia que ponen en cuestión el *statu quo* que naturaliza las desigualdades sociales. A través del encuentro con otras, del debate y la politización de la vida cotidiana, se pone sobre la mesa que lo que viene dado no necesariamente tiene que ser así, y que haber nacido campesina no significa tener que vivir una vida de miseria y privaciones. Que no por ser migrante o de ascendencia indígena se deben tolerar engaños o maltratos. Que no por haber nacido mujer les es imposible pensarse más allá del rol de madre-esposa y sirvienta. Que el sexo puede ser pensado en clave de placer y no como obligación conyugal o de maternidad.

La maternidad constituye otro punto de inflexión que, a la vez que transforma su posición social en tanto mujeres, genera también nuevas expectativas en torno a la migración. Criar hijos en Argentina, con pautas de consumo y socialización distintas a las propias y oportunidades educativas que ellas nunca tuvieron, son factores que obturan el

deseo del retorno, depositando en la siguiente generación las expectativas de transformación de las condiciones de existencia, la posibilidad de “ser alguien” en la vida (Lemmi et al., 2018).

Yo quiero que sean mejor que yo. Que no sufran tanto en la quinta. Por eso le exijo mucho a mi hija el estudio. Que sea algo en la vida y también, sí, la llevo a trabajar, para que sepa que cuesta la plata, que no está para agarrar y tirar (E2).

Veamos ahora cómo han sido las trayectorias de quienes se han criado en familias hortícolas.

6.3. Migrantes imaginadas: las quinteras de segunda generación

Al analizar las trayectorias de la segunda generación de quinteras observamos que, como hijas de familias bolivianas que fueron criadas y escolarizadas en Argentina, sus experiencias han estado mucho más abiertamente marcadas por la discriminación racializante. A pesar de ser argentinas o de haber migrado siendo niñas, son extranjerizadas y racializadas (Moretto, 2021) porque su aspecto, ocupación y pautas culturales se alejan del ideal de la “Argentina blanca”.

Sufría bullying en la escuela, demasiado. Porque era boliviana. O sea, ni siquiera soy boliviana, nací en Jujuy. Y bueno, por el color de piel, por la forma de hablar y todas esas cosas (E17).

No obstante, es a partir de esta experiencia que consiguen enfrentarse a la discriminación a través de diferentes mecanismos de resistencia, nombrándola como una forma de violencia y asumiendo una posición de autovaloración más marcada que la generación anterior.

Por otro lado, ni este nivel de conciencia ni la socialización en Argentina o las trayectorias educativas más prolongadas parecen ser elementos suficientes para que estas mujeres puedan desempeñarse por fuera de nichos laborales sexo-racializados, en trabajos precarios de cuidados o destinados a migrantes. Sus oportunidades fuera de la horticultura se reducen a talleres textiles, supermercados, como vendedoras en ferias, mercados o verdulerías, gestionados siempre por patrones extranjeros, en condiciones

informales, con bajas remuneraciones y muchas horas diarias (incluso cama adentro), o bien en tareas feminizadas como cocineras o cuidadoras. Estas ocupaciones no representan posibilidades reales de movilidad social ni garantías de mejores condiciones de vida y de trabajo que en la horticultura.

Así, en vez de ser la única alternativa, la horticultura aparece para ellas como “un lugar seguro”. Conocen todos los trucos del oficio, tienen una quinta familiar donde volver y valoran la vida al aire libre, el trabajo sin patrón y el hecho de poder pasar más tiempo en familia frente a otras ocupaciones urbanas que requieren viajar, pasar largas jornadas en ámbitos cerrados y recibir una baja remuneración.

A partir de su participación en la organización muchas de estas mujeres revalorizan la actividad hortícola identificándose positivamente como campesinas, incursionando en la agroecología y luchando decididamente por hacer de esta una profesión digna. En contraste con las expectativas de sus padres y madres, que las alientan para que se dediquen a otra cosa, para ellas ser agricultoras es también una opción de vida que, más allá de las adversidades, se afronta con esperanza. Así explican Ema y Marta este cambio en sus aspiraciones:

M: Siempre mi papá decía ‘Estudien, para ser mejor’. Por eso hicimos los cursos, computación, peluquería, maquillaje, repostería. [...] siempre fue estudiar algo para salir de la quinta.

E: Más que nada él siempre nos quiso decir que no dejemos [de estudiar]. [...] Decía ‘Hagan cursos para no terminar quedándose en la nada’ [...]

M: Antes era todo para salir de la quinta [...] Y ahora ya no, ¡¡ni loca!!! [risas]

E: Ahora prefiero elegir el campo antes que salir a otro lado (E23 y E24).

Asimismo destacan de la experiencia militante el poder tener una voz propia para opinar y debatir:

[Estoy] orgullosa del trabajo que hizo la organización con nosotras, darnos nuestros espacios para empezar a opinar, a replantearnos un montón de cosas, sacar conclusiones, debatir, sobre todo debatir. Nunca nos imaginamos tener que levantarle la voz a un hombre, por ejemplo. [...] Y ahora no, nos enfrentamos y planteamos nuestras ideas de manera contundente. [...] Así que el hecho de que nosotras estemos trabajando ahora, y elijamos el espacio de ser agricultoras... Es nuestro lugar y lo vamos a defender (E23).

Del mismo modo, los debates públicos sobre la despenalización del aborto (2018-2020) marcaron a esta generación, habilitando reflexiones que desnaturalizan a la maternidad como un destino ineludible por el hecho de ser mujeres. Prácticamente todas las entrevistadas se quedaron embarazadas en sus primeras relaciones sexuales, y muchas fueron abandonadas en las tareas de crianza. Los diálogos intergeneracionales sobre estos temas fueron también una oportunidad para las madres, en este caso, de revisar sus maternidades en clave reflexiva y alentar a sus hijas para que no se repitiera la misma historia. Constituye una transformación, aun si incipiente y con un carácter por el momento excepcional, que sin embargo marca un camino de empoderamiento femenino en términos de control de la propia sexualidad y rompe con siglos de dominación patriarcal sobre los cuerpos y subjetividad de las mujeres, protagonizado mayoritariamente por las más jóvenes:

Nosotras por ejemplo la escuchamos mucho hablar a mi tía, que es madre soltera, o a mi mamá, que fue madre soltera... [...] ellas no quieren que se repita con nosotras lo mismo. Entonces por ahí nosotras, mi hermana, yo, mis primas, [...] hablamos mucho sobre esto cuando nos pusimos a favor de la ley de aborto (E23).

Antes como que yo no le daba mucha bolilla a los derechos de la mujer y eso. Estaba todo en contra [...]. Yo empecé con el tema del aborto a abrir más los ojos [...]. Me di cuenta que por qué yo me voy a apoderar del cuerpo de la otra mujer. Ni aunque yo no quiera abortar, es decisión de ella misma, no es decisión mía (E18).

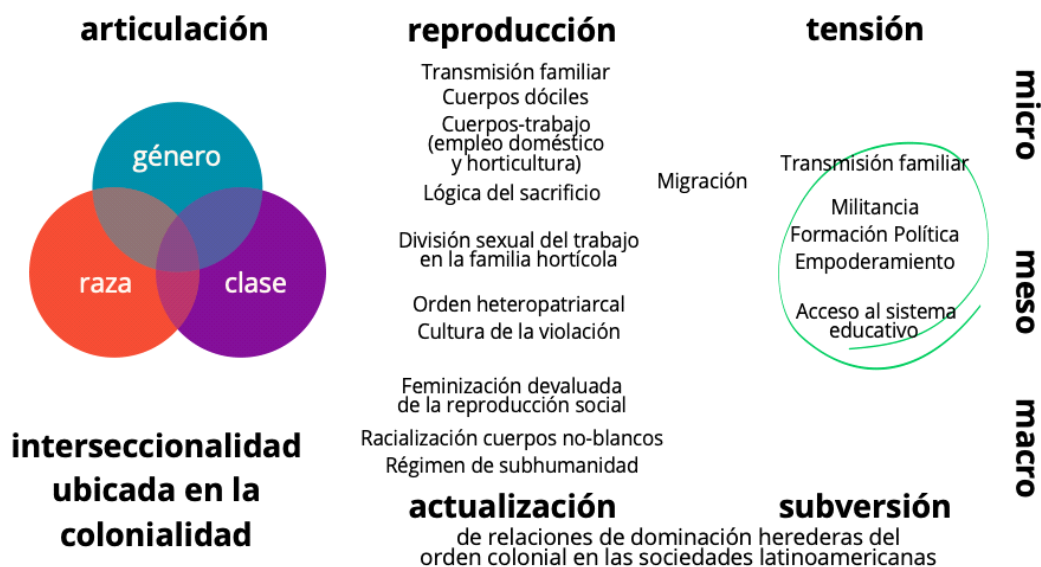
7. Reflexiones finales. Narrarse con voz propia, una estrategia para (existir y) resistir

Realicé la investigación que dio lugar a estas líneas en un contexto de avanzada neoliberal en la Argentina, pero de mucha efervescencia social y movilización en defensa de derechos adquiridos y en pos de conquistar nuevos. La ley de emergencia social, la interrupción voluntaria del embarazo o la defensa del legado de memoria, verdad y justicia de los movimientos de derechos humanos son solo algunos de ellos. En 2024 el contexto cambió considerablemente y todo esto quedó puesto ampliamente en cuestión. Alineado con las tendencias ultraderechistas a nivel mundial, el país es gobernado democráticamente por quienes burdamente reproducen discursos meritocráticos y conservadores basados en el esfuerzo individual, la destrucción del Estado y la defensa de la propiedad privada y la familia tradicional (Llao, 2024).

Los marcos neoliberales de endeudamiento externo, privatización y mercantilización de la vida inaugurados en los años setenta en Latinoamérica han determinado su configuración como la región más desigual del planeta (Kessler, 2019). Esto no hace más que reforzar una estratificación social jerárquica y fundamentalmente rígida cuya base son los procesos de racialización de sociedades neocoloniales que aspiran a ser blanco-europeas, pero cuya población es eminentemente mestiza (Urresti y Margulis, 1999). La subalternidad se configura entonces como esa aspiración a ser lo que no se es, a despreciar o avergonzarse del propio origen o historia.

Sin entrar en debates respecto de la identidad, en este trabajo buscamos comprender desde la perspectiva biográfica la manera en que se configuraron a lo largo del tiempo determinadas formas de ser y estar en el mundo. Al analizar las historias de vida de las mujeres quinteras del Gran La Plata desde una perspectiva diacrónica y multidimensional, atenta a las múltiples relaciones de poder involucradas en los vínculos familiares, en los procesos migratorios y en las relaciones laborales, pudimos observar cómo se produce la (auto)explotación que sustenta este modelo productivo. A través de una mirada interseccional ubicada en la colonialidad (Souto-García, 2022), analizamos estas trayectorias para identificar los mecanismos que reproducen o tensionan las desigualdades sociales (de género, raza y clase) a las que se ven expuestas las quinteras. En la figura 4 presentamos los principales elementos que conforman la matriz de poder en la que, en la articulación diacrónica de estos mecanismos, se actualizan y/o subvierten formas de dominación marcadas por la herencia colonial en las sociedades latinoamericanas.

Figura 4. Matriz de poder



A nivel macrosocial, el modelo de acumulación neoliberal se erige sobre una división racial del trabajo que confina a los cuerpos racializados como no-blancos a un régimen de subhumanidad marcado por el imperativo de la supervivencia. La vida se sostiene a través de la superexplotación y la feminización devaluada de la reproducción social. A nivel mesosocial, la transmisión familiar del orden heteropatriarcal, basado en la cultura de la violación y el control del cuerpo y la sexualidad de las mujeres, naturaliza la división sexual del trabajo y entroniza la maternidad como un destino ineludible. Ser mujer en ese contexto significa no solo trabajar sin descanso, sino ser entrenada como un cuerpo dócil, para aceptar posiciones de inferioridad y servidumbre. La lógica de sacrificio, como estrategia de supervivencia, justifica a su vez aguantar las condiciones de explotación a las que se enfrentan en cuanto cuerpos-trabajo (Sayad, 2010). La migración aparece como un elemento que busca ser disruptivo con ese orden social, aunque no necesariamente lo consiga pues las posiciones ocupadas en destino continúan siendo las más desvalorizadas socialmente, tanto en el ámbito laboral como familiar. En la Argentina, la producción de hortalizas frescas se basa en un modelo extractivista sustentado en la intensificación productiva, la superexplotación de la fuerza de trabajo migrante e inferiorizada, y la apropiación devaluada del trabajo femenino no remunerado, todo lo cual genera condiciones de vida extenuantes en las que se exacerbaban múltiples violencias.

Más allá del peso de factores estructurantes como la colonialidad del poder, el patriarcado o el modelo de acumulación, la reflexividad de las mujeres quinteras sobre sus propias vidas permite comprender las distintas formas de resistencia que buscan tensionar o subvertir dichas estructuras de poder. En ese contexto, la pregunta por la voz de los sujetos subalternos es la pregunta por la tensión entre agencia y estructura. En esta investigación, las experiencias de militancia y de formación política dieron lugar, a través del encuentro y reflexión con otras, a procesos de empoderamiento que implican una reconfiguración de la subjetividad. Identificar y nombrar las violencias cotidianas, entenderlas como parte de un proceso histórico que da lugar a formas naturalizadas de opresión (como el racismo o el sexismo) y enunciarse como sujetos de derechos supone posicionarse políticamente en relación a dicha subalternidad, desafiarla.

La voz propia no rompe con la estructura de poder patriarcal o (neo)colonial, pero es la condición de posibilidad para desnaturalizarla y dejar de reproducirla de manera automatizada y resignada. En ese sentido, los diálogos intergeneracionales cobran particular relevancia a la hora de resignificar el pasado y el presente e imaginar otros futuros posibles. El deseo de que la historia no se repita, depositando en las hijas una apuesta por una vida más libre y sin violencias, es también una forma inconformista de posicionarse respecto de las violencias del pasado. En el caso de las hijas, apropiarse de la historia de sus madres y resignificarla, valorando su legado campesino-indígena y asumiendo incluso una mirada positiva respecto de la agricultura como forma de vida, o bien desafiando el mandato de maternidad obligatoria, pueden entenderse como algunos indicios respecto de posibles reconfiguraciones de este territorio productivo, que ameritan seguir siendo exploradas.

Bibliografía

- Acosta-Reveles, I. L. (2013). El factor científico-tecnológico en la consolidación del capitalismo agrario regional. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 10(71), 15-35.
- Agarwal, B. (2002). Are we not peasants too? Land rights and women's claims in India. *Seeds*, 21, 1-30.
- Alonso, L. E. (1998). *La mirada cualitativa en sociología. Una aproximación interpretativa*. Fundamentos.
- Ambort, M. E. (2017). *Procesos asociativos en la agricultura familiar: un análisis de las condiciones que dieron lugar al surgimiento y consolidación de organizaciones en el*

- cinturón hortícola platense, 2005-2015*. Tesina de Licenciatura en Sociología. Universidad Nacional de La Plata.
- Ambort, M. E. (2019). Género, migración y trabajo en la agricultura familiar. Trayectorias laborales y migratorias de horticultoras bolivianas en el cinturón hortícola del gran La Plata (Argentina). *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, 6.
- Ambort, M. E. (2022). Vivir y trabajar en la agricultura familiar: una aproximación etnográfica a los roles de género en la horticultura platense (Buenos Aires, Argentina). *Trabajo y Sociedad*, XXII(39).
- Ambort, M. E. (2024). Una mirada feminista de la “escalera boliviana”. Trayectorias hortícolas de mujeres quinteras en el Gran La Plata, Argentina. *Revista Española de Sociología*, 33(3), 1-23. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2024.241>
- Anthias, F. (2012). Intersectional what? Social divisions, intersectionality and levels of analysis. *Ethnicities*, 13(1), 3-19. <https://doi.org/10.1177/1468796812463547>
- Ataide, S. (2019). Experiencias migratorias y laborales en clave interseccional. El caso de tarijeños y tarijeñas vinculados a la horticultura del Este salteño. En M. Rodríguez y S. Ataíde (Eds.), *Repensando el desarrollo rural en los territorios del Norte argentino* (pp. 113-133). Universidad Nacional de Salta.
- Avallone, G. (2018). Migraciones y relaciones de poder en la agricultura global contemporánea: entre actualidad y ruptura de la herencia colonial. *Relaciones Internacionales*, 36.
- Avallone, G., y Molinero-Gerbeau, Y. (2021). Liberar las migraciones: la contribución de Abdelmalek Sayad a una epistemología migrante-céntrica. *Migraciones internacionales*, 12(8). <https://doi.org/10.33679/rmi.v1i1.1949>
- Barbosa Cavalcanti, J., Mota, D. M. y Gama da Silva, P. (2002). Mirando hacia el Norte: clase, género y etnicidad en los espacios de fruticultura del nordeste de Brasil. *AREAS*, 22, 161-181.
- Benencia, R. (1997). De peones a patrones quinteros. Movilidad social de familias bolivianas en la periferia bonaerense. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 12(35), 63-102.
- Benencia, R., y Quaranta, G. (2006). Mercados de trabajo y economías de enclave. La -escalera boliviana-en la actualidad. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 20(60), 413-431.
- Bertaux, D. (1990). El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades. *Proposiciones*, 29, 1-23.
- Bertaux, D., y Thompson, P. (2017). *Pathways to Social Class: A Qualitative Approach to Social Mobility*. Routledge.
- Cantieri, R., y Rodríguez, L. (2020) “Miradas y andares colectivos. Experiencias de extensión rural e investigación-acción feminista en el este de Uruguay” en T. D. Cruz y M. Bayón: *Cuerpos, territorios y feminismos. Compilación latinoamericana de teorías, metodologías y prácticas políticas* (pp. 237-255). Abya Yala.
- Caro-Molina, P. (2017). Desigualdad y transgresión en mujeres rurales chilenas: Lecturas desde la interseccionalidad, género y feminismo. *Psicoperspectivas*, 16(2), 125-136.
- Caro-Molina, P. (2018). Infancia rural y trabajo productivo y reproductivo en el Valle de Aconcagua. Una mirada de género. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 170(34), 169-191. <https://doi.org/10.4206/rev.austral.cienc.soc.2018.n34-11>

- Castro-Gómez, S., y Grosfoguel, R. (2007). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Siglo del Hombre; Instituto Pensar.
- Crenshaw, K. (1991). Mapping the Margins: intersectionality, Identity Politics, and Violence Against Women of Color. *Stanford Law Review*, 43, 1241-1299.
- Deere, C. D. (2005). The feminization of agriculture? Economic restructuring in rural Latin America. En *UNRISD Occassional Paper* (1).
- Deere, C. D. (2012). Tierra y autonomía económica de la mujer rural: avances y desafíos para la investigación. *ANTHROPOLÓGICAS*, 23(1), 91-130.
- Deere, C. D., y León, M. (2002). *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*. Universidad Autónoma de México; FLACSO.
- Espinosa Miñoso, Y., Gómez Correal, D., y Ochoa Muñoz, K. (2014). *Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*. Universidad del Cauca. <https://doi.org/10.21057/repam.v9i2.16881>
- Farah Quijano, M. A. (2008). Cambios en las relaciones de género en los territorios rurales: aportes teóricos para su análisis y algunas hipótesis. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 5(61), 71-91.
- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de sueños.
- García, M. (2014). Fuerza de trabajo en la horticultura de La Plata (Buenos Aires, Argentina). Razones y consecuencias de su competitividad. *Trabajo y Sociedad*, 22, 67-85.
- García, M. (2015). Horticultura de La Plata (Buenos Aires). Modelo productivo irracionalmente exitoso. *Revista de La Facultad de Agronomía*, 114(1), 190-201.
- García, M., y Lemmi, S. (2011). Territorios pensados, territorios migrados. Una historia de la formación del territorio hortícola platense. *Párrafos Geográficos*, 10(1), 245-274.
- Gordillo, G. (2020). Se viene el malón. Las geografías afectivas del racismo argentino. *Cuadernos de Antropología Social*, 3776(52), 7-35. <https://doi.org/10.34096/cas.i52.8899>
- Gregorio Gil, C. (2006). Contribuciones feministas a problemas epistemológicos de la disciplina antropológica: representación y relaciones de poder. *AIBR: Revista de Antropología Iberoamericana*, 1(1), 22-39.
- Gregorio Gil, C. (2019). Explorar posibilidades y potencialidades de una etnografía feminista. *Disparidades*, 74(1). <https://doi.org/10.3989/dra.2019.01.002.01>
- Güell, B. (2022). La interseccionalidad en el trabajo agrícola estacional: el caso de Huelva en tiempos de COVID-19. *Estudios Geográficos*, 83(293). <https://doi.org/10.3989/egeogr>
- Hellio, E., y Moreno Nieto, J. (2021). La ecología-mundo bajo plástico: un análisis de la articulación entre la explotación de la naturaleza, el racismo y el sexismo en la producción de frutos rojos de Huelva. *Relaciones Internacionales*, 47, 125-142. <https://doi.org/10.15366/relacionesinternacionales2021.47.006>
- Herrera Lima, F., Calderón, O., y Hernández, L. (2007). Redes que comunican y redes que enclaustran: evidencia de tres circuitos migratorios contrastantes. *Migración y Desarrollo*, 8, 3-23.
- Hill Collins, P. (2015). Intersectionality's Definitional Dilemmas. *Annual Review of Sociology*, 41(1), 1-20. <https://doi.org/10.1146/annurev-soc-073014-112142>
- Insaurralde, N., y Lemmi, S. (2020). Cuerpos productivos, cuerpos reproductivos. El caso de las mujeres productoras de hortalizas del Gran La Plata (2017). En F. González Maraschio y F. Villarreal (Eds.), *La agricultura familiar entre lo rural y lo urbano* (pp. 107-

- 130). UDUNLu.
- Jiménez Zunino, C. (2018). Sayad en uso: trayectorias y proyectos migratorios como herramientas de análisis. En G. Avallone y E. Santamaría (Eds.), *Abdelmalek Sayad: una lectura crítica. Migraciones, saberes y luchas (sociales y culturales)*. Dado Ediciones.
- Kessler, G. (2019). Algunas reflexiones sobre la agenda de investigación de desigualdades en Latinoamérica. *Desacatos*, 59.
- Kunin, J. (2023). Rural women redefining care and agency in the Argentine *Pampas*. *Studies in Social Justice*, 17(2), 185-203.
- Lara Flores, S. M. (1995). La feminización del trabajo asalariado en los cultivos de exportación no tradicionales en América Latina: efectos de una flexibilidad «salvaje». En S. M. Lara Flores (Ed.), *El Rostro Femenino del Mercado de Trabajo Rural en América Latina* (pp. 15-34). UNRISD; Nueva Sociedad.
- Lemmi, S., Morzilli, M., y Moretto, O. (2018). “Para no trabajar de sol a sol”. Los sentidos de la educación en jóvenes y adultos/as integrantes de familias migrantes bolivianas hortícolas del Gran La Plata-Bs. As. Argentina. *RUNA*, 39(2), 117-136.
- Lemmi, S., y Muscio, L. (2023). Hablemos de desigualdad. Trabajo y condiciones de vida en el periurbano hortícola platense desde una perspectiva de género. En: *Periurbano hortícola del Gran La Plata: Reconfiguraciones en las tramas socioculturales y productivas en el siglo XXI* (pp. 321-355). Universidad Nacional de La Plata.
- Linardelli, M. F. (2018). Entre la finca, la fábrica y la casa: el trabajo productivo y reproductivo de trabajadoras agrícolas migrantes en Mendoza (Argentina) y su incidencia en la salud-enfermedad. *Salud Colectiva*, 14(4), 757-777.
- Linardelli, M. F., y Pessolano, D. (2021). Mujeres rurales latinoamericanas y trabajo reproductivo. Debates actuales, hallazgos y problemáticas en discusión. En C. Anzonera, P. Schwarz, y S. Yañez (Eds.), *Reproducir y sostener la vida: abordajes feministas y de género del trabajo de cuidados* (pp. 131-140). Teseo.
- Llao, M. (2024). Aceleración de la ultraderecha en Argentina. *Algarrobo-MEL*, 12(1), 1-11.
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, 9, 73-101.
- Mbembe, A. (2016). *Crítica de la razón negra: ensayo sobre el racismo contemporáneo*. Futuro Anterior Ediciones.
- Mora, A., y Pizano, R. (2022). Mujeres rurales, violencia de género y pandemia de COVID-19: una mirada desde la interseccionalidad. *CONfines de relaciones internacionales y ciencia política*, 18(35).
- Moraes, N., Gadea, E., Pedreño, A., y De Castro, C. (2012). Enclaves globales agrícolas y migraciones de trabajo: convergencias globales y regulaciones transnacionales. *Política y Sociedad*, 49(1), 13-34.
- Moretto, O. (2021). *Tatuado en la piel. Trayectorias educativas y los sentidos de la educación en las/os productoras/es hortícolas migrantes (Abasto, La Plata, 2016-2018)*. Universidad Nacional de La Plata.
- Muñiz Terra, L. (2018). El análisis de acontecimientos biográficos y momentos bifurcativos: Una propuesta metodológica para analizar relatos de vida. *Forum Qualitative Sozialforschung*, 19(2).
- Paredes, J., y Guzmán, A. (2014). *El tejido de la rebeldía ¿Qué es el feminismo comunitario?* Comunidad Mujeres Creando Comunidad.
- Pérez-Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de sueños.

- Pessolano, D. (2020). Sistema pastoril y división sexual del trabajo en el Este de Mendoza. *Revista Huellas*, 24(1), 175-194.
- Pena, M. (2022). Movimientos socio-territoriales y “cuerpos-memoria”: un abordaje desde la narrativa autobiográfica de una lideresa campesino-indígena. *Polis. Revista Latinoamericana*, 22(63), 167-185. <https://doi.org/10.32735/S0718-6568/2022-N63-1769>
- Pujadas Muñoz, J. (1992). *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Cuadernos del CIS.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En A. Quijano, *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (p. 777-832). CLACSO.
- Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Violencias (re)encubiertas en Bolivia*. La mirada salvaje; Piedra Rota.
- Sayad, A. (2010). *La doble ausencia. De las ilusiones del emigrado a los padecimientos del inmigrado*. Anthropos.
- Schorr, M., y Wainer, A. (2023). Neodesarrollismo, restricción externa y salida exportadora en la Argentina. *Realidad Económica*, 53(355), 9-34.
- Sciortino, S. (2012). La etnografía en la construcción de una perspectiva de género situada. *Clepsydra*, 11, 41-58.
- Segato, R. (2013). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda*. Prometeo.
- Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de sueños.
- Souto-García, A. (2022). *Colombianas en España y brasileiras en Portugal. Un análisis interseccional de las migraciones de las mujeres en el espacio transnacional/poscolonial*. Universidade da Coruña.
- Spivak, G. C. (1998). ¿Puede hablar el sujeto subalterno? *Orbis Tertius*, 3(6), 175-235.
- Trpin, V., y Brouchoud, S. (2014). Mujeres migrantes en producciones agrarias de Río Negro: aportes para abordar la interseccionalidad en las desigualdades. *Párrafos Geográficos*, 13(2), 108-126.
- Trpin, V., y Moreno, M. S. (2020). Segregación laboral en territorios de agricultura intensiva. Aproximación comparada en las producciones agrícolas de Mendoza y Río Negro. *RevIISE - Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, 16(14), 69-84.
- Urresti, M. y Margulis, M. (1999). *La segregación negada: cultura y discriminación social*. Biblos.
- Viveros Vigoya, M. (2009). La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual. *Revista Latinoamericana de Estudios Familiares*, 1, 63-81. CLACSO.